

IV Domingo de Adviento (24-12-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Prontos ya a recordar esta noche la venida de Jesús en la carne humana, en este domingo recogemos la primera experiencia de María con todo este camino que ella llevó, y con el cual se inicia el cristianismo, la fe cristiana. Y tenemos la alegría, hoy día, de ver unidos dos textos (uno muy lejano, ocho siglos antes de María), en donde el profeta Natán recibe de Yahvé la corrección de decirle a David que no le construya el templo, que Él le va a construir una casa, pero una casa es una familia, la familia de David, que, a lo largo de los siglos, tenía que caminar gobernando Israel y que después fue destronada. Y, aun así, persistió la promesa de Dios de que, del linaje de David (en este caso del linaje pobre de David, porque fueron destronados los reyes), nacería el Salvador.

Ustedes saben bien que David originalmente también era el “último de la casa”, el pastorcito. Pues, entonces, ahora, después de ocho siglos, se mantuvo la tradición de que, del linaje de David y sus descendientes (en este caso, los descendientes pobres del antiguo rey), iba a surgir el Mesías.

Y, por lo tanto, es una promesa que atraviesa siglos y que, cuando llega el Ángel a hablar con María y le dice que no tema, *que de ella va a nacer el rey de Israel que va a gobernar eternamente*, María se turba, en parte, porque algo de temor tenía. Lo dice el texto: *“No temas, María”*.

Pero, por otro lado, se turba porque también trata de comprender las cosas. “¿De qué me está hablando este señor?”, se pregunta. Y María demora un poco, pero demora por eso que llamamos nosotros la sabiduría, el sentido que ella había recibido de su familia, de Joaquín y Ana; y que a lo largo de la historia ha sido una de las fuentes inagotables de la humanidad para poder salir de grandes entrapamientos, de comprender las cosas con tranquilidad, el no asustarse y no apurarse, que fue la causa del pecado original. El engaño que hace la serpiente a Eva es actuar rápido sin pensar.

Nosotros decíamos, en el día de la Inmaculada, que no hay que apurarse, hay que ponderar siempre. El Papa Francisco nos ha dicho, a través del saludo a los cardenales por la Navidad y luego esta mañana también, que el camino de María tiene tres momentos: El primer momento es **escuchar**, el segundo es **discernir**, y el tercero es *caminar*.

Es decir que, para caminar, siempre tenemos, primero, que escuchar; luego, discernir. Y eso nos va haciendo **pasar del miedo a la confianza y a la alegría**. Yo vengo con estas palabras “miedo” y “confianza” porque anteayer estuvimos en Manchay, enorme pueblo en donde viven 340 mil personas.

Hemos tenido la alegría de estar allí con ellos, con los niños, con las señoras, con los ancianitos, con las hermanas, con los padres. Y ustedes saben que “Manchay” significa “temer”. Y ahora ellos me decían: “Ya estamos pasando, gracias a la Iglesia y nuestro barrio y todo lo que nos estamos uniendo, estamos pasando al “suyay”. Ya no somos “manchay”, sino “suyay”.

“Suyay” significa “confiar”. Y ese es el paso que tenemos que hacer todos en nuestro país y en nuestra Iglesia de Lima, en la Iglesia del Perú: una Iglesia que haga pasar a nuestro pueblo del miedo a la confianza, a la alegría, a la esperanza, porque somos un pueblo alegre, pero, a veces, vienen golpes que son, como decía Vallejo: “hay golpes tan fuertes en la vida, yo no sé”.

Y, por eso, nosotros estamos en y ante el Dios que nos tiene confianza y nos quiere y nos ayuda a salir del miedo. Y, ante todos los golpes que podamos sufrir, siempre ponemos la cara de la esperanza, el ánimo de la esperanza y la fuerza de la esperanza que permite que cambiemos las situaciones y salgamos adelante. Y no pararemos hasta que tengamos esa “partecita del cielo” que quería Rosa de Lima para nuestra ciudad y para nuestro país.

¿Cómo es que sale María y entra en la experiencia de la alegría desde, digamos, su turbamiento, su cierta confusión y cierto temor? Primero, ella escucha al Ángel, que le dice palabras de aliento: *“Alégrate, llena de gracia”*. No solamente son palabras de aliento, también es un piropo. Aquí los chicos no saben todavía qué cosa es un piropo. Un piropo son unas palabras bonitas que se le decían a las chicas: “Preciosa, qué linda que estás”. También las chicas le pueden decir a los muchachos: “qué guapo, que bacán”.

Bien, “llena de gracia” significa “alégrate, graciosa, preciosa”. El Ángel está llenándola de aliento y, además, está reconociendo que ella dentro de sí tiene la maravilla del amor de Dios, porque cuando uno tiene una gracia, la gracia no es una cosa que se conquista, la gracia viene con el ser, es un don, un regalo. Por eso cada uno tiene su cosita especial.

Todos, en ese sentido, no somos unos “des”-graciados, somos agraciados todos. Y cada uno tiene que encontrar su gracia. Lo digo especialmente para los confirmantes. Y su gracia no solamente es su nombre, como dice en las provincias: “Buenas noches, nos de Dios, mande usted, ¿cuál es su gracia?, ¿cuál es su nombre?”. La gracia, además del nombre, es todas aquellas cosas que cada uno tiene, que son distintas a las de otro y que, sin embargo, uno no puede estar compitiendo, ni deseando, ni envidiando, sino que tiene que descubrir las suyas.

Por favor nunca vayan ustedes a creerse “miss universo” cuando ustedes son, “miss barrio”. Cada uno en su lugar y avanzar sin ambicionar, porque cuando ansiamos las cosas es cuando nos volvemos locos y ocultamos lo que valemos. Y cuando esto ocurre, no queremos aceptarnos y aceptar que cada uno tiene sus cositas, a veces, difíciles, pero las más bonitas también las tiene. Y lo que hace el Ángel, entonces, es suscitar la fuerza que parte de Dios, para reconocer quienes somos y que dones hemos recibido.

Y, por eso, todos somos bonitos. Aunque uno tenga una nariz larga y unos dientazos, todos somos bonitos en la belleza que Dios ha creado en cada uno de nosotros; y así nos complementamos. Para eso hay que apreciarse, nada mas.

Y ¿qué hace el Ángel? Dios mismo envía a su Ángel para decirle a María: “Tú eres así, eres agraciada”. Y eso nos lo dice a todos también y, por eso, debemos alegrarnos, porque el Señor está con nosotros y, por lo tanto, a veces eso puede turbarnos, porque es verdad que, si a uno le vienen a decir algo así, uno se siente medio comprometido. Bueno, pues, uno, en vez de temer, como dice el Ángel, ha de darse cuenta y reflexionar.

“No temas porque has encontrado gracia” - le explica - “concebirás en tu vientre y darás a luz a un Hijo y le pondrás por nombre de Jesús, será grande, se llamará Hijo del Altísimo”. El Ángel le está diciendo la promesa, y en María se está cumpliendo la promesa de los ocho siglos que ella había escuchado en su pueblo que iba a haber.

Nosotros también tenemos un pueblo en donde Jorge Basadre, hace años, dijo que “el Perú es una promesa” y todos estamos esperando a ver cuándo se va a cumplir. Aunque Basadre no es el Ángel ni tampoco Natán, sí ha podido estudiar que el Perú es una permanente promesa que no se cumple aun, pero que se va cumpliendo poco a poco. Tarea nuestra es pedir: “Señor, ilumínanos para que la promesa se cumpla”, porque somos como el pueblo de Israel, y para ser un gran pueblo necesitamos ser un pueblo pequeño que acepta lo que ha ido ganando para irlo construyendo mejor y no querer, de un momento a otro, dar el paso a una potencia mundial. ¡Eso no! Vamos a ser el Perú que somos, no el Perú que, digamos, imaginamos un poco frívolamente.

Y, por eso, es interesante cómo María pregunta, o sea, María escucha, pero luego discierne: *“¿Cómo será eso?, pues, no conozco varón”*. Y, entonces, María pregunta porque es una persona razonable, y eso se llama discernimiento. Ante cualquier propuesta, cualquier situación que veamos, antes de tomar una decisión, hay que reflexionar. Uno escucha, pues, escucha los problemas, pero luego hay que decir: ¿qué me quiere decir esto? ¿A dónde va esto? ¿Qué sentido tiene?

María nos enseña el camino de la fe inteligente, de la fe reflexiva, de la fe que aclara las cosas. Y el Señor viene en su ayuda a través del Ángel que le explica que eso que

había dicho a David es obra del Espíritu Santo, es un don, le da una razón de fe. Y las razones de fe, como ustedes saben, siempre tienen algo de misterio, pero, sobre todo, lo que tienen es que convencen porque suscitan.

Si uno, cuando cree, acepta la razón que puede no ser clarísima, pero sí es profunda, entonces, uno se convence. Y así es que somos creyentes, no porque somos ingenuos y decimos: “sí, sí, sí, sí” a todo. Decimos “sí” porque algo me ha quedado de lo que me has dicho, que me parece sumamente interesante y a lo cual no me puedo negar. Y eso es lo que hace María, sobre todo, porque le hablan de su prima Isabel, que ya estaba “pasita, pasita”, pero que había salido encinta. Ese es “el signo”. Y eso la convence, sobre todo, la última palabra, porque *“para Dios no hay nada imposible”*.

Entonces, solamente al final, María empieza a caminar en el nuevo camino que le ofrece el Ángel, y le dice: *“He aquí, la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”*. Y el Ángel la deja para que ella camine y vaya a ver a Isabel, a ayudarla en el parto.

Y, por eso, hoy día, hermanos y hermanas, ayudémonos con esta cosa que nos propone el Papa: siempre escuchar, en primer lugar; segundo, preguntar y discernir; y tercero, una vez discernido, ya, entonces, uno dice “acepto” y caminamos. Esto es muy importante porque, entonces, María es una chica que está muy abierta a lo que el Señor le llama en medio de los desafíos de la vida. Ella está abierta a la historia de su pueblo.

Hay una frase que el Papa ha dicho muy importante: “Dejémonos de estar peleando en la Iglesia entre conservadores y progresistas. Aquí la pelea es “entre los

enamorados y los acostumbrados”. Uno se acostumbra a una cosa y ya no quiere cambiar, se estanca, se esclerotiza y, entonces, no se mueve. En cambio, los enamorados se enamoran y salen. Ésa es María, enamorada. Así también Vallejo hablaba de Dios: “mustia un dulce desdén de enamorado: debe dolerle mucho el corazón”

Nuestro Dios está enamorado de la humanidad, y quien no está enamorado no puede caminar. Para eso, evidentemente, se requiere un poquito de cabecita, de reflexión, pero se requiere una disponibilidad y una apertura muy grande. Y no hay verdadera fe cristiana sin una fe cristiana abierta que está siempre atenta a las situaciones, comprendiendo el mundo de otra manera. Y la salvación que acá podamos conseguir como producto no tanto de nosotros, sino de aceptar el don de Dios, es la que viviremos plenamente cuando el Señor nos acoja en su Reino definitivamente a todos y toda la humanidad sea resucitada también.

Que el Señor los bendiga siempre a todos, buenos y malos, porque el Señor nos ha hecho para bendecir y para decir bien de nosotros, para que podamos crecer y que todos podamos ir aceptando sus palabras para seguir caminando como personas, como Iglesia, como país. Y así pasemos del “manchay” (temer) al “suyay” (confiar).

Que Dios los bendiga chicos, chicas, hermanos. Y feliz navidad esta noche.